

INAUGURACIÓN DE LA LEYENDA

EL SALÓN MÉXICO

Jesús Flores y Escalante, *in memoriam*...

En la primera mitad de la década de los veinte, en la hoy Ciudad de México antes D.F., desde la esquina de Santa María la Redonda se alcanzaba a escuchar la música del Salón México; música distinta cada vez que había baile. Aunque música la había por todos lados, ya que aquello era parte de la zona bohemia y de tolerancia que comprendía desde Arcos de Belén a Violeta, y de 5 de Febrero hasta Bucareli y Reforma. Era grande aquello, tan grande que casi abarcaba todo el primer cuadro de la ciudad.

El Salón México se inauguró el día 20 de abril de 1920, en las calles del Pensador Mexicano número 16, antigua del Recabado. Semanas antes, los periódicos capitalinos anunciaron la apertura de lo que con el tiempo sería el mejor salón popular de la ciudad, y por muchas razones, catedral del danzón.

Normalmente todo el mundo lo conocía como el México, pero para los de ahí: bailadores, cantineros, músicos y empleados, padrotes y pirujas del Órgano y Libertad, era más fácil llamarle “el Marro”, ya que según cuentan las malas lenguas, al entrar a las salas se dejaba sentir de pronto —cual golpe de marro— un fuerte olor a sudor. Bueno, eso cuentan quienes lo conocieron y fueron fieles al salón, que desde que abrió sus puertas siempre se distinguió por atraerse lo más granado entre los bailadores de vals, fox trot, paso doble, blues, tango y el siempre exquisito danzón. Claro, ritmos de moda invariablemente interpretados por las mejores orquestas, bandas, conjuntos y danzoneras, entre las que se encontraban: Prieto y Dimas,¹ el yucateco Juan de Dios Concha, Acerina, Juan S. Garrido, Leopoldo El Olivares, Fermín Zárate, Alfredo “el Güero” Llamas, Juan Fernández “El Elefante” y Evaristo Tafoya, quienes amenizaban aquellos bailes de época o antología. Sin embargo, lo efectivo, lo mejor del Marro fue siempre aglutinar a casi todas las clases sociales del Defe, lo mismo acudían verduleros y comerciantes de Jamaica y

¹ El músico Amador Pérez “Dimas” Torres (1902-1976) revolucionó al danzón mexicano a partir de 1932, con su bellissimo “Nereidas”, pieza que determinó el fin de la influencia del danzón cubano.



la Merced que carteristas, hampones reconocidos y raterillos ocasionales, que bailaban “espalda con espalda” entre chachareros y detalladores de Tepito y la Lagunilla. Naturalmente, al Marro nunca faltaron los curiosos, hombres y mujeres, que sólo por “chulada” iban a echarse una canita al aire para luego tener qué contarles a sus nietos; inéditos y anónimos personajes de nuestra gran ciudad que los lunes, jueves, sábados y domingos, hacían resaltar sus “tacuches” domingueros al pararse al lado de los “nais”, extranjeros o intelectuales que de vez en cuando se dejaban caer por ahí para experimentar en carne propia cómo se divertía la chusma, y de paso, saturarse de los efluvios, imágenes y olores, donde la vaselina y el perfume Mirurgia se confundían con los Chaneles y lavandas europeas de los mirones.

Los políticos y artistas también se dejaban ver por el Marro. Los primeros para certificar el “pan y circo” de sus agremiados y los segundos por pura puntada o bien para ver las pinturas que sobre el baile folclórico disque había pintado Diego Rivera; de María Félix, Lola Olmedo, Villaurrutia, Caso, Salvador Novo, “El Chango” García



Cabral, mucho se dice ya que fueron vistos por el lugar en incontables ocasiones, de donde luego partían para visitar a “santita” la de las veladoras con piquete, en el callejón de Izazaga y Chimalpopoca, para más tarde rematar en los “caldos de Indianilla”, en la colonia Doctores, “para curar la herida que un licor dejó”.

Marga López, el “Indio” Fernández, Miguel Inclán y Rodolfo Acosta a “chaleco” aprendieron a bailar y moverse entre las danzoneras paredes del México, ya que precisamente ahí se filmó la cinta *Salón México*, de la que a mí por cierto cabe una buena pregunta: ¿por qué en lugar de haber sido el Son Clave de Oro el conjunto que interpretó el danzón de danzones Nereidas de Amador Pérez “Dimas” Torres, no lo hizo más real y espectacularmente la danzonera de Prieto y Dimas, Acerina o la Tropical del Salón México de Juan Fernández “El Elefante”?² Aquí pasó lo mismo que con la suite *Salón México* de Aaron Copland, que muchos creen estuvo inspirada en la música y las vivencias del célebre salón de baile, cuando la realidad es que fue hecha en base a algunos temas y canciones de carácter folklórico.

Mucho se ha hablado también de un letrado que en forma intempestiva un día apareció en la sala más popular del Marro (la de cebo), que decía lo siguiente: “No tirar colillas porque se queman los pies las damas”. Los

estirados, los empresarios y los medio quisquillosos niegan rotundamente su existencia, sin embargo, muchos bailadores viejos afirman sobre su presencia lógica y natural, ya que si en México durante la década de los cincuenta todavía había mucha gente sin calzado, imagínese usted la situación económica y social de los años veinte y treinta; además, esta aseveración está fundada en las propias declaraciones de la Compañía Mexicana de Espectáculos, que en el año de 1937, por medio de un folleto explicativo “advertía al público su alto grado de moralidad”. Muy retórica nota que la Mexicana de Espectáculos dio respecto a “la democracia” de sus clientes, sobre todo en lo que respecta al “sin embargo solos se separan”, pero que visiblemente no es más que segregación social, ya que los tres salones cuyos nombres son de evidente: “hazte a un lado paisano”, los certifican: uno, el de “cebo”, exclusivo para proletarios, gente humilde y obviamente sin zapatos (que provocó el tan cacareado letrado); el segundo, conocido como el de “manteca”, para comerciantes y gente de medio pelo, quienes se podían fletar una chamarra, aunque sólo fuera prestada; y el tercero, el de “mantequilla”, para los de trabuco segundón, “chaqueta huérfana”, rotos prángana, tarzanes quintopatieros, turistas nacionales y gringos, gabachos y otras clasificaciones del país, tales como políticos, ricos, intelectuales “ricos-pobres” o empleados de quinta de cualquier Secretaría de Estado, quienes por el simple hecho de portar la consabida corbata o una camisa floreada con palmeras, eran “dignos” de disfrutar a sus anchas al ridículo o bien las expertas rutinas dancísticas de los bailadores de los otros salones. Y, claro que el letrado

² Película *Salón México*: Dirección: Emilio “Indio” Fernández; música: Antonio Díaz Conde con *El Caballo y la Montura*, *Sopa de Pichón*, *Meneito* y los danzones *Almendra*, *Juárez* y *Nereidas*; actores: Marga López, Rodolfo Acosta, Miguel Inclán. Producida por Clase Films Mundiales en 1948 y estrenada en el Cine Orfeón.



fue real, existiendo —incluso— uno más que decía: “Favor de no limpiarse las manos en la cortina”.³

Muchos fueron los atractivos que este lugar tuvo para los habitantes de la Ciudad de México; primero, el espectáculo de los espejos cóncavos y convexos (para verse gordo, flaco, enano, cabezón, chaparro, largo o jorobado), que se encontraban a la izquierda de la entrada, frente a la taquilla, exactamente a un lado de la escalera que daba acceso a las pistas de baile en la parte superior del edificio. Dichos espejos fueron parte de la decoración del “Salón Rojo”, elegante pero frío sitio que fue famoso en la ciudad desde la primera década del siglo pasado, pasando después al Salón México, de donde fueron llevados finalmente a la parte baja del Castillo de Chapultepec, en 1960, dos años antes de que fuera demolido; además, sus salones redecorados en 1936, con evidente estilo hollywoodense muy de acuerdo a la época en que todo era de líneas en “colonial californiano” (cines, teatros, centros nocturnos y muchas de las residencias de los nuevos ricos estaban apegados a este estilo, creado durante los años veinte en la meca del cine norteamericano: Hollywood), aunque en su fundación durante los años de la locura urbana y emocional (los veinte), fuera decorado con algunos esbozos de Art Nouveau e incipientes intentos de Art Decó,⁴ estaban también las tradicionales posadas, que cada año se

³ “Favor de no limpiarse las manos en la cortina” y “No tirar colillas, porque se queman los pies las damas”, fueron los dos letreros que caracterizaron al Salón México. El primero, que habla de la cortina, fue puesto alrededor de 1940, permaneciendo ahí hasta que el local fue cerrado y demolido en 1962. Lo que suscitó dicho anuncio fue motivado por los clientes masculinos que iban a los excusados para peinarse utilizando “gruesos dedazos de vaselina sólida”, y no teniendo a la mano pañuelo o papel higiénico donde limpiar el excedente de aquella grasa, lo hacían en la cortina que se encontraba en la entrada del segundo piso.

⁴ El decorado del Salón México de 1920 a 1936, fue de estilo Art Decó, con lámparas seccionadas en forma piramidal y dibujos a base de grecas. Todas las columnas del lugar respondían a esta misma forma.

representaban dentro del salón con un auténtico burro, una Virgen y un San José de carne y hueso, pastorela de barrio que terminó cuando un “compa” de aquellos que por pura broma en un momento arman un “Rosario de Amozoc”, se alcanzó la puntada de meterle un piquete al equino, quién sabe con qué artefacto, provocando que el animal lanzara coces y patadas que golpearon a más de uno, para terminar unos en la Cruz Roja y otros en la comisaría. Otro más de los atractivos del Marro, para legos en asuntos de baile y barrios bravos, fue el admirar a los grandes del bailongo, campeónísimos entre los que se encontraban Ventura Miranda y su pareja la “Negra” Palomares, Memo “El Nalgas”, “El Calceñín”, Jesús Ramírez “El Muerto” (este tal vez el más apegado al estilo del danzón cubano y poseedor de una forma característica de aplicar sus cuadros; sujeto muy querido por la leyenda que supo crear en torno suyo. Persona amable de trato y gran fajador entre las huestes danzoneras. Fue zapatero de oficio, instalado en el Barrio de Peralvillo. Fallecido, dejó su sitio de campeón sin que nadie lo pueda llenar, siendo por esta razón el último de los grandes y auténticos bailarines del danzón) y tantos otros que supieron reventarse un buen danzonazo cerrado, clásico o ligeramente floreado, al ritmo de Teléfono a Larga Distancia, Nereidas, La Negra, Almendra, Mocambo o Penicilina, marcando “cual debe” su entrada, los descansos y el término del danzón.

A todas luces, el Salón México fue representativo de una época, de una realidad urbana, de un sinnúmero de acontecimientos históricos y sociales, pero en esencia, parte de nuestra cultura popular de la que muchos mexicanos fueron actores y comparsas, hecho que fue cortado de facto por disposición del “regente de hierro” Ernesto P. Uruchurtu en 1962. Finalmente los supuestos murales pintados por Diego Rivera, desaparecieron; los músicos, los bailarines, los empleados y los meseros, buscaron otros salones; también las pirujas de las accesorias del entorno fueron emigrando hacia otros lugares, hasta que por fin, acorraladas, buscaron lugares como Tomatlán, La Merced o las estaciones del metro cercanas a esta zona. Algunos de los bailarines por ahí andan todavía, contando sus recuerdos sabrosos, llenos de historia urbana y noctámbula, de un tiempo que hoy a muchos les ha dado por manosear “exquisitamente”, tal vez por sugerirles algo nais, sexual, erótico o enigmático. ☒

Jesús Flores y Escalante (Puebla, 1944-2012). Mexicano, investigador musical, escritor y periodista. Desde 1984 escribió y condujo en la radio diversos programas sobre temas musicales, como “Sones y canciones”, “Memorias de una nación” y “El campo”. Fue gerente en los últimos años de la XEB, operada por el Instituto Mexicano de la Radio (IMER). Autor entre otros libros de *Chingalistán*, *Salón México*, *Imágenes del danzón*, *Muralla del Calo*, *Brevísima historia de la comida mexicana*; y con Pablo Dueñas, *Los 65 boleros de todos los tiempos* y *Teatro de revista*. Fue fundador en 1985 de la Asociación Mexicana de Estudios Fonográficos. El texto que aquí presentamos está tomado de su libro *Salón México*, publicado por dicha asociación en 1993, en México.